

CAMINADA POR LAS CALLES DE PIEDRAS

*No dejaremos de explorar y al final de nuestra búsqueda
llegaremos a donde empezamos,
y conoceremos por primera vez el lugar.*

T. S. Elliot

PALOMA
PÉREZ SASTRE

Desde el patio, en la madrugada, la emocionan los arboles anaranjados encima del morro de El Salvador, acompañados por un delgado cacho de luna. Le sorprende que se oigan tan pocos pájaros a pesar de la cercanía del monte. Solo un turpial enjaulado en la vecindad y uno que otro piar lejano y disperso; por la tarde, algunos pericos bulliciosos camino a su multitudinaria concentración vespertina en un guadal del río Piedras.¹ En su primera caminata del día, se une a la corriente de niños con uniforme y mochila que van apareciendo en las puertas, que se abren en forma escalonada. Va con ellos hasta la escuela del sector de la bomba y sigue caminando por la carretera que conduce a Palocabildo. Más adelante tomará una chiva. Se está volviendo adicta a los paisajes, y en La soledad encontrará la vista más amplia y sobrecogedora del valle del río Cauca.

Por la tarde emprende el viaje de cinco cuadras que tiene pendiente, hacia el Centro de Historia. A unos pasos de la casa, toma la carrera cuarta. Una

señora teje crochet en la acera y un hombre joven lava su moto. Adelante, a media cuadra, observa *cienescalas*, un camino de escalones grandes de piedra agarrados a la ladera, con faroles en el centro, donde los turistas se hacen fotos. Las ha contado y recorrido hacia arriba y hacia abajo muchas veces. Por ahí se llega al jardín botánico. A las tres el sol pega fuerte, pero los aleros proveen sombra y resguardan de la lluvia. Sigue caminando despacio y recto; pasa la calle de los poetas y, casi en el parque, se encuentra con *ochentaescalas*, similares a las *cien*, con faroles en el centro, pero con peldaños más cortos, caprichos de la montaña. Los lugareños esquivan subir escaleras y prefieren hacer el rodeo por la calle siete.

En el parque, la vía se vuelve peatonal y toma el nombre de La terraza, una especie de bulevar con restaurantes, bares y cafés con vista panorámica al parque. La atraviesa recordando las caminadas por Junín cuando estudiaba en un colegio del centro. La gente la mira; siempre que pasa por ahí siente las miradas encima;

No la impulsa una idea romántica o nostálgica de la vida rural y no sueña con pasar la vejez en el pueblo; le gusta la ciudad, el anonimato, las novedades. Desconoce qué le pide a este lugar, el deseo no ha sido formulado.

supone que cualquier extraño es novedad. Nació aquí, les dice mentalmente sin convicción; aquí estoy con mi cuerpo y voy caminando hacia el Centro de Historia. Nadie lee palabras en sus ojos, y las miradas vuelven al café o al vacío del parque. Termina de recorrer la terraza y cruza la calle siete. A su izquierda, en el atrio, un corrillo rodea un ataúd y se dispone a iniciar el cortejo, mientras las campanas tañen el duelo. Al frente, en un costado, se alinean los buses que van para Tarso, Pueblo Rico, Fredonia y Medellín.

No la impulsa una idea romántica o nostálgica de la vida rural y no sueña con pasar la vejez en el pueblo; le gusta la ciudad, el anonimato, las novedades. Desconoce qué le pide a este lugar, el deseo no ha sido formulado. En momentos de ruptura e incertidumbre buscó ese aire fresco y transparente, esa mezcla de convento, paisaje y cantina, donde todo el tiempo suenan las campanas. Nació aquí por azar, pero no es de aquí; no pertenece. A sus treinta, caminó por sus calles la primera vez; hasta entonces, Jericó fue solo una palabra omitida en sus papeles de identidad, una referencia geográfica, el escenario de una historia triste. Cuando publicó su libro hizo que apareciera en la solapa como lugar de nacimiento, y sintió que se desnudaba. A partir de entonces, algunos empezaron a considerarla de los suyos y las visitas se incrementaron.

Los viajeros revelan los secretos de su alma. Sabe que no regresa, ni llega para quedarse; simplemente, llega cada vez. Siente en su origen una masa incómoda que debe poner en algún lugar, cocinarla o incendiarla, y abonar un rosal con las cenizas. Ha leído en Virginia Woolf que “solo

cuando nos volvemos hacia el pasado y tomamos de él el temperamento de incertidumbre podemos disfrutar una paz perfecta”. Eso es, basta un gesto: tomar con la pinza de dos yemas de los dedos y sacar de su pasado esa sustancia parecida al miedo y a la culpa roedora.

En la misma carrera cuarta, donde empezó su viaje, con calle nueve, está el Centro de Historia. Una casona republicana luminosa y aireada con zaguán y sótano, sobre cuyo techo se ve la torre de la catedral de Nuestra Señora de las Mercedes proyectada en un cielo azul fuerte. El zaguán da a una segunda puerta ancha de dos alas. Al lado de la cuerda de la campanita, hay un letrado que les pide a los turistas dejar propina. Tardan en abrir; mientras tanto, ella, un poco nerviosa y sin saber qué va a decir, cómo abordar un asunto tan personal, husmea por entre el calado y reconoce las salas grandes repletas de libros, ahora concurridas por un grupo de colegiales, en las que otras veces ha estado leyendo. Sale una señora, la atiende con desgano y le franquea la entrada. Dice que es investigadora y consigue entrar. La archivista la mira extrañada ante la pregunta por los registros del hospital; no existe tal información. Solo tenemos los papeles de la alcaldía, dice señalando una gran estantería llena de volúmenes encuadernados en cuero crudo, y la deja sola en la estancia.

Cuando uno de sus más queridos discípulos, un poeta, vino al pueblo a trabajar como médico rural, le pidió que buscara en el hospital el registro de su nacimiento. La respuesta del chico, busca en el Centro de Historia, le produjo risa; pero no era broma, en el hospital no había registros tan viejos. ¿A qué hora se le había ocurrido tal extravagancia? Ahí estaba perpleja en medio de un montón de archivos, ¿y qué? ¿Qué más daría si hubiese encontrado un renglón con la fecha y la hora de su nacimiento escritos a mano? Tal vez, solo los nombres de su mamá y el médico. No diría que la luz se fue en el momento del alumbramiento y que hubo que encender una vela, ni que el doctor dio pocas esperanzas de vida a la criatura y decidió bautizarla. Tampoco hablaría de la depresión de la madre que había rodado por las escaleras del convento donde se refugiaba, y sufrido amnesia temporal. Esa historia ella ya la sabía, ¿para qué quería más datos? ¿No es ya ese relato una bella historia de ficción?

Al atardecer ha quedado con Jota en el morro. Jota, el cazador de lagartos, el artista poseedor del secreto para sacar con un cincel lagartijas y saurios de las piedras del río. Sentados en la cima, miran fascinados cómo el pueblo se va encendiendo y sus calles van tomando un color fuego que se extiende como lava por todas las calles, desde el cementerio hasta El faro. Él acaba de llegar de inaugurar una exposición en Bogotá y le cuenta que se escapó unos días para cumplir su postergada cita con las esculturas de San Agustín; había saltado por encima de las vallas que protegen los ídolos de piedra y se había abrazado a ellos. Sentí una certeza tan grande de lo que estoy haciendo..., dice reforzando las palabras excitadas con los gestos envolventes de sus manos. Ella advierte el sutil paralelismo y se cubre del primer frío de la noche con la emoción. Te traje un regalo, anuncia; saca de su bolsa una hoja de papel, y los dos se disponen a leer el poema de Tomas Tranströmer:

Las piedras

Oigo caer las piedras que arrojamos, transparentes como cristal a través de los años. En el valle vuela la confusión de los actos del instante, vociferantes, de copa en copa de los árboles, se callan en un aire más tenue para el presente, se deslizan como golondrinas desde una cima a otra de las montañas, hasta alcanzar las mesetas ulteriores, junto a las fronteras del ser. Allí caen todas nuestras acciones claras como el cristal no hacia otro fondo que el de nosotros mismos. **U**

.....
Paloma Pérez Sastre (Colombia)
 Profesora de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Magíster en Literatura Colombiana y especialista en Literatura Latinoamericana.

Notas

¹ Piedras fue el nombre dado a Jericó (Antioquia) hasta 1852.

Novedades



El coro blanco
 Beca de creación
 Alcaldía de Medellín
 Poesía autor revelación
 Juan de Frono
 Sílabas Editores -
 Secretaría de Cultura
 Ciudadana
 Medellín, 2015
 62 p.



Una ciudad en seis miradas
 Beca de creación
 Alcaldía de Medellín
 Ensayo
 Varios autores
 Hilo de plata Editores
 - Secretaría de Cultura
 Ciudadana
 Medellín, 2015
 180 p.



Botellas de naufrago
 Alberto Salcedo
 Ramos
 Colección Creación
 Luna Libros
 Bogotá, 2015
 374 p.



21 ensayos. Una selección de Leer y Releer
 Biblioteca Carlos Gaviria
 Díaz - Universidad de
 Antioquia, 80 años.
 1935-2015
 Imprenta Universidad
 de Antioquia
 Medellín, 2015
 338 p.